

nistración Pública continental dentro de la trinidad de poderes del liberalismo.

En los prólogos de libros, agrupados en volumen bajo el título de «La Administración española», que se vuelven a reeditar ahora, encontraremos el mismo trazado y los mismos materiales, aplicados a parcelas del fenómeno cada vez más cercanas a nuestro entorno geográfico y temporal.

En las páginas dedicadas a Oliván, que con Javier de Burgos era una de las personalidades del siglo XIX más resaltadas por el autor, se afirma que: «Somos deudores al siglo XIX de una permanente gratitud por haber consumado el proceso de centralización que impidió la definitiva desintegración de nuestra Patria, y sobre el cual pudo únicamente montarse la vida civil que aún disfrutamos». Afirmación importante, si se juzga sobre todo desde las posiciones que el autor sostiene en materia de régimen local, que pasamos a comentar.

Los dos escritos dedicados a la Administración local y periférica someten el tema al ya acostumbrado análisis histórico-político. El estudio de la recepción del sistema napoleónico tamizado a través del cuadro peculiar de nuestra vida política del XIX, sirve para centrar la cuestión en «la articulación del autogobierno ciudadano cumplido sobre cada una de las áreas territoriales con el orden unitario que el Estado necesariamente asume y sostiene; es aquí donde se inscribe la verdadera singularidad de cada respuesta, de cada sistema de régimen local». Sentada esta premisa analítica, las páginas que le siguen ponen de manifiesto la incongruencia de los sistemas de articulación que se han ido desarrollando en España, cuya resultante real ha sido el vaciamiento de las competencias de los entes locales a favor del enriquecimiento del cada vez más frondoso árbol de la Administración periférica, cuyos agentes, reunidos en colegio, llegan a recibir del centro territorial y político, como señala certeramente Enterría, la investidura que les convierte en órgano deliberante y representativo del ámbito local. Refleja este hecho sin duda uno de los hábitos que se manifiestan

tan a otros niveles del sistema político.

Sin perjuicio de la claridad del esquema y de sus conclusiones, hubiera sido quizá conveniente aprovechar esta reedición para tratar dos cuestiones cuya ausencia pudiera calificarse de laguna: en primer lugar, el encaje del problema de las peculiaridades regionales existentes en España, aparentemente ausentes de la reflexión de Enterría, que parece seguir moldes uniformes; en segundo lugar, el estudio del proceso de desnutrición económica que aqueja a las Haciendas locales. La existencia de un proyecto de Ley de Régimen Local, cuyo texto es conocido y no parece introducir cambios radicales en la orientación general seguida en esta materia, hubiera quizá merecido alguna atención.

El último de los estudios, dedicado a la Administración y sus agentes, quizá el más brillante, fue ya muy comentado con ocasión de su primera aparición. Parece, y el prólogo a la actual edición tiende a confirmarlo, que el autor consideró la posibilidad de añadir algo a este estudio y decidió finalmente publicarlo de nuevo sin quitar ni poner nada. El sentido de tal decisión puede que estribe en señalar tácitamente que el prebendalismo parasitario, como fenómeno profundo de ciertos sectores de la burocracia española, no ha sido afectado por las modificaciones legislativas en el régimen de retribución de los funcionarios públicos. Esta afirmación implícita necesita, sin embargo, una revisión crítica.

Con independencia de los fenómenos negativos, tan certera y exhaustivamente descritos en el estudio y que configuran el prebendalismo como una verdadera aberración dentro del régimen de integración de los agentes públicos en las estructuras administrativas modernas, no es conveniente perder de vista que esta deformación, nacida de causas concretas señaladas en el ensayo, tuvo como secuela la puesta en marcha de una serie de mecanismos secundarios de efectos a veces equilibradores que no se pueden pasar por alto. Así, dentro de un proceso inflacionista, el prebendalismo permitió a se g u r a r

unos ingresos estabilizados a través del mecanismo objetivo del incremento de recaudación causado precisamente por la inflación misma. Esta seguridad y el carácter colectivo y automático de la apropiación de los fondos por cada estamento, crearon espíritus

corporativos, cuyas consecuencias fueron fundamentalmente negativas y disfuncionales, pero que contribuyeron a otorgar a algunos cuerpos una relativa independencia colectiva y un grado de estabilidad individual a sus componentes frente a los avatares de la

política. Todo ello produjo, por último, un alza del prestigio social de sectores burocráticos concretos que condicionó favorablemente las posibilidades de reclutamiento de la Administración y reforzó el «status» de estos sectores, favoreciendo, en teoría al menos, el naci-

MONTHERLANT, SUICIDA

Un disparo en la boca ha terminado la vida —setenta y seis años— de Henri de Montherlant. El suicidio es la muerte del solitario. Montherlant lo era; soltero —no quiso afrontar lo que llamaba "la catástrofe del matrimonio"—, vivía solo en su rico apartamento de París, rodeado de máscaras antiguas, de pequeñas obras de arte. Montherlant tenía una pasión española —de línea corneliana— que le había llevado a escribir algunas de sus más famosas obras de teatro con tema español: "La infanta de Castilla", "La Reina muerta", "El maestro de Santiago", "El cardenal de España"... Esta aproximación a España la hacía por un cierto tópico, unas imágenes españolizantes: el "gusto de la muerte", la "grandeza", el "orgullo"... Quizá con una levisima punta de ironía en el fondo. Incluso por la vía que le había llevado a este gusto de España: la tauromaquia. Hace un par de años decía que si las corridas de toros se hubiesen producido en Italia, su obra hubiese sido italianizante en lugar de hispanizante. Ocurrió que cuando era muy niño le llevaron a Lourdes; en el Sur de Francia vio corridas de toros y quedó prendido para toda su vida. A los catorce años vino a España y se inició en la tauromaquia; toreó —mal— y hasta recibió alguna cornada (una cogida en Albacete). Como otro suicida, Hemingway —aunque en un

registro menos humano—, vio en los toros una violencia posible. Como la vio en el deporte, que fue otro de sus grandes temas: "Les Olympiques" es uno de sus libros más conocidos. El deporte que practicó (hasta que la cogida de Albacete le obligó a una vida más cal-



ma) suponía para él también una forma posible de la agresividad, del combate, del desafío.

Estas aficiones, personales y literarias, definen un personaje. Un escritor de la línea heroica francesa, como Malraux (o, en otro tono, Giono y Bernanos: los cuatro, algo menos Giono, atraídos por una cierta imagen de España). Un iluminado por el poder y la autoridad, por la fuerza y el orden.

Lógicamente, la otra cara de esta moneda iban a ser los débiles. Algunos personajes marginales, algunos raros, como los descritos en "Les célibataires", o como el tragicómico protagonista del que creemos que es el más reciente de sus libros publicados en Es-

paña, "Mi jefe es un asesino" (Editorial Noguer, Barcelona, 1972), extravagante bibliotecario perdido en el luminoso mundo argelino (Argelia es otro de los escenarios frecuentes de su obra literaria: "La rose de sable") y, como todos sus personajes, grandes y pequeños, poderosos y oprimidos: la soledad. Hay una soledad del poder (un personaje demasiado elevado como para compartir su vida, su diálogo, sus pensamientos, con nadie) y también una soledad del individuo que no participa del orden establecido, del marginal, que termina de una manera lamentable.

El profundo conocimiento del idioma y de la literatura española, clásica y moderna, dio, sin duda, una tersura nueva al idioma francés en el estilo de Henri de Montherlant; sin salir del clasicismo y del academismo —tan pulcramente llevado que fue el único autor vivo incluido en la gran colección de clásicos franceses de La Pléiade—. Sin embargo, se podía tener leyendo sus obras la impresión de una cierta imitación de la literatura, más que de literatura misma: algo sonaba falso en su obra, algo parecía alejado de los sentimientos reales, de los problemas o las cuestiones reales.

El suicidio final da un toque de desoladora sinceridad a la vida y la obra de Henri de Montherlant. ■ H.